

de tanto valor como la de mi vecino, cualquiera que sea, y no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande. Lo cual es tanta verdad, que aun una sola cosa que hay, que por el incomparable exceso que nos hace, podía salir muy bien de esta cuenta, que es Dios, principio de todo bien y bien sin colmo; ese iguala con nosotros en este artículo, y da por bien vencido el cuanto de su voluntad por el tanto de la nuestra; y así dice: «Yo amo á los que me aman;» y en otra parte: «El que me ama á mí será amado de mi Padre.» Y queda dicho lo mucho que ofende el que no le ama, y el miserable mal que padece el que no es amado, y la infidelidad y gran copia de males que se encierran en este estado, que dijimos ser segundo.

Resta que digamos del tercero, donde se entiende todo esto, porque ciertamente es la más alegre y dichosa vida que en esta vida se vive, y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, donde viven las llamas del divino amor, en que amando y siendo amados los bienaventurados, se abrasan, y es una melodía suavísima, que vence toda música artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden, porque los que aman como los primeros que dijimos, no son hombres; y los que aman como los segundos, son ó desdichados ó malos hombres; sólo para estos terceros queda la buena dicha y la buena andanza, que, como dicen los sabios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere.

El que ama y es amado, ni desea más de lo que ama, ni le falta nada de lo que desea. De este bienaventurado amor gozaba la esposa, y por esto dijo: «Yo soy á mi amado, y el su deseo á mí.» Y dicho esto, convidale á que se salga con ella á vivir al campo, huyendo del estorbo é inquietudes de las ciudades, y porque sin embarazo de nadie se gocen ambos, y gocen de los bienes y deleites de la vida del campo, que son varios y muchos, y ella refiere algunos; y así dice:

«Ven, amado mío, vámonos al campo; pasemos las noches en las granjas, levantémonos de mañana á ver si florece la vid;» que todas son cosas de grande gusto y recreación. Pero lo que ella más pretende, es poderse gozar á solas y sin estorbos de gentes, que para los que se aman de veras es tormento á par de muerte; y por eso dice: «Allí te daré mis amores, las mandrágoras si dan olor, que todos los frutos, así viejos como nuevos, guardé en mis puertas para ti;» como si dijese: Demás de estos gustos y pasatiempos que tendremos en gozar del campo y andar viendo cómo florecen los árboles, no nos faltarán buenos mantenimientos y dulces y sabrosas frutas, así de las frescas y recién cogidas, como de las de guarda, que son riquezas de que suele abundar la vida rústica; lo cual todo dice, «yo te lo guardé y aderecé.»

CAPÍTULO VIII.

ESPOSA.

1 ¿Quién te me dará como hermano que mamases los pechos de mi madre? Hallarte yo afuera, besaríate, y ya nadie me despreciaría.

2 Cogerte yo en la casa de mi madre y en la cámara de la que me parió, y enseñaríasme; daríate á beber vino adobado y del mosto de las granadas mías.

3 Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO.

4 Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, ¿por qué despertaréis, por qué desasosegaréis la amada hasta que quiera?

CORO DE PASTORES.

5 ¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, recostada sobre su amado? Debajo del manzano te desperté, allí te parió tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.

ESPOSO.

6 Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo; porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas (son) brasas de fuego encendido vehementísimas.

7 Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, como si no los preciase.

ESPOSA.

8 Nuestra hermana (es) pequeña, y no tiene tetas; ¿qué haremos de nuestra hermana cuando se hablare de ella?

9 Si hay pared, edifiquemos sobre ella un palacio de plata; si hay puerta, fortalecerémosla con tablas de cedro.

10 Yo soy muro, y mis pechos como torres; entonces fui en sus ojos como aquella que halla paz.

11 Tuvo una viña Salomón en Bahalmón; entregó la viña á los guardas, y que cada uno traiga por el fruto de ella mil monedas de plata.

12 La viña mía que (es) mía delante de mí, mil para ti, Salomón, y doscientas para los que guardan su fruto.

ESPOSO.

13 ¡Oh tú que estás en el huerto!; los compañeros escuchan; haz que yo oiga tu voz.

ESPOSA.

14 Huye, amado mío, y aseméjate á la cabra montés y á los ciervечitos sobre los montes de los olores.

COMENTO.

«¿Quién te me dará como hermano?» Una de las cosas que hay en el verdadero amor es el crecimiento suyo, que mientras más de él se goza, más se precia y más se desea. Al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura. Hemos visto bien los procesos de este gentil amor que aquí se trata; como al principio la esposa, careciendo de su esposo, deseaba siquiera algunos besos de su boca; después de haber alcanzado la presencia y regalos suyos, deseó tenerle en el campo consigo; y ya que le tiene en el campo, gozando de él á sus solas, sin que nadie le estorbare, desea agora tener más licencia de nunca se apartar de él, sino en el campo y en el pueblo andar siempre á su lado, y gozar de sus besos en todo lugar y tiempo; y para mostrar este deseo la esposa, y la manera con que quería cumplillo, comienza como en forma de pregunta, diciendo:

«¿Quién me dará?» La cual en lengua hebrea es oración que decimos deseo; y vale tanto como ojalá, pluguiese á Dios, y así es aquella que dice Jeremías, capítulo 7: «¿Quién dará agua á mi cabeza?» David dice: «¿Quién me dará alas como paloma y volaré?» Pues la esposa estando á sus solas y sin conversación de gentes, ella goza de los besos de su esposo, y se alegra y se huelga mucho con él; mas cuando está delante de gentes tiene vergüenza, como la suelen tener las mujeres, y dice que es gran

pérdida aquella, porque siempre querría estar colgada de sus hombros del esposo, cogiendo sus dulces besos sin descansar un punto, y pluguiese á Dios ella pudiese tenerlo, y tratar con él como con un niño pequeño hermano suyo, hijo de su madre, que aún mamase; que, como ella lo hallase en la calle, arremetería á él y le daría mil besos delante de todos los que allí estuviesen, porque esto es muy usado de las mujeres con los niños, y no son notadas por esto, ni tienen empacho de hacer estos regalos y mostrarles este amor públicamente. Esta felicidad desea la esposa tener en los besos de su esposo, y gozar de él, y dudando aún de la semejanza que ha puesto del niño, prosigue en su deseo, diciendo:

«En teniéndote yo en mi casa,» con mil besos y abrazos te daría á beber vino dulce, vino adobado con mil espíritus y otras aguas, que los antiguos usaban, porque fuese más suave y menos dañoso, y esto era más género de regalo que ordinaria bebida.

«Y dariate también arroje de granadas,» porque en todas estas cosas dulces se huelgan los niños, y sus madres y hermanas tienen gran cuidado de les regalar así. Y lo que dice, *enseñariásme*, es como si dijese: Estando todavía en figura de niño y comenzando á hablar, diríasme mil cosas de las que hubieses oído y visto por la calle, y mil cantaritos, porque los niños todo cuánto ven y oyen lo parlan, bien ó mal, como aciertan, y de esto reciben gran regocijo los que los crían y aman.

Conforme al Espíritu, se pone aquí el grado más alto y de más subido amor que hay entre Dios y entre los justos, que es llegar á amallo y querelle bien. Así que, no se recelan ya, ni se recatan de ninguna cosa de las del mundo, llenos de una santa libertad, que no se sujeta á las leyes de los juicios y devaneos mundanos, antes rompe con todos, y hace ley sobre todos por sí, y sale con esto, porque al fin la verdad y la razón es la que vence. Pues los que llegan á este punto y á esta perfección de gracia (que son

pocos y raros), que andan ya con espíritu de verdad y santidad, y que viven vida espiritual y fiel, como viven los justos, no tienen respeto á cosa alguna, sino en público y en secreto gozan de la suavidad de sus amores. Los tales entonces son hermanos de Cristo y hijos perfectos de Dios, como lo manifiesta el Apóstol (á los romanos, capítulo 8): «Los que son gobernados por espíritu de Dios, estos son hijos de Dios:» y el mismo dice «que Cristo tiene muchos hermanos, y él es el primogénito entre ellos;» pero es de advertir que aunque los sobredichos, por el gran extremo de su amor y gracia, tienen ya cobrada licencia para amar y servir á Dios á ojos vistos del mundo, sin temor de sus juicios, estos mismos sienten un particular gusto y una libertad desembarazada cuando se ven á solas con Dios sin compañeros ni testigos; por eso dice: «Que te halle fuera;» lo cual en todo amor es natural. Los que bien se aman, aman la soledad y aborrecen cualquiera estorbo de la compañía y conversación, porque el que ama y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesión de todo lo que se desea; y así, no le queda voluntad, ni deseo, ni lugar para querer, ni pensar otra cosa; y de ahí nace que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndose delante, le es enojo y aborrecible como la muerte. Así que, en toda la amistad pasa esto así, pero señaladamente, más que en otra ninguna, se ve en la que se enciende entre Dios y el ánimo del justo, porque, así como excede sin ninguna comparación el bien que hay en Dios al que se puede hallar y desear en las criaturas, por su acabada perfección y beldad infinita, así los que por gran dón suyo, enamorados de este bien, comienzan á tener gusto de él incomparablemente más que de otro, cuando le tienen ausente, él solo es su deseo; cuando por secretos favores se les da presente, arden en vivos fuegos; y ricos en la posesión de un bien tamaño, juzgan por desventura y mala suerte todo lo que fuera de él se les ofrece: y en tanto grado aman á la soledad y se molestan de todo

lo que les ocupa cualquiera parte de su voluntad, por pequeña que sea, que si en estado tan bienaventurado como es el suyo se compadece haber pena ó falta, no sienten otra cosa sino es la de su entendimiento y voluntad, que por su natural flaqueza y limitación quedan atrás del amor que á tan excelente bien se debe. De aquí es que los tales por la mayor parte se apartan de los negocios y trabajos de esta vida, huyen el trato y conversación de los hombres, desterrándose de las ciudades, y aman los desiertos y los montes, y viven entre los árboles á solas, y solos al parecer, y olvidados y pobres; pero á la verdad contentos y alegres, y tanto más, cuanto en vivir así están más seguros de que cosa alguna les pueda cortar el hilo de su bienaventurado pensamiento y deseo, que continuo en el corazón les avisa; y dicen con la esposa:

«¿Quién te me dará, hermano mío, criado á los pechos de mi madre, que te halle fuera?» En toda parte está Dios, y en todo lo bueno y hermoso que se nos ofrece á los ojos, en el cielo y en la tierra y en todas las demás criaturas hay un resplandor de su divinidad, que por oculto y secreto poder está presente en todas y se comunica con todas. Mas estar Dios así es estar encerrado, y lo que se ve de él, aunque por ser de él es bien perfecto, por parte de los medios, que son bienes limitados y angostos, vese más imperfectamente y ámase más peligrosamente; y por eso quiere la esposa tenelle fuera, que es gozalle así por sí, sin medio, ni tercería de nadie, ni sin ir mendigando, ni como barruntando su belleza por las criaturas, y visto así cuál es, y cuán grande y perfecto es, llegalle á sí y abraza con un nuevo y entrañable amor; metello en su casa y en lo más secreto de su alma, hasta transformarse toda en él y hacerse una misma cosa con él, como dice el Apóstol: «El que se ajunta á Dios, hácese un mismo espíritu con él;» y entonces se verá la verdad de lo que añade: «Y nadie me despreciará;» que, como dice san Pedro: «Todo lo que acá se vive es sujeto á vanidad y escarmiento, pero

aquel día será que volverá por la honra de la virtud y descubrirá la gloria de los hijos de Dios.» Mas, tiempo es que volvamos al hilo de nuestro propósito. Dice la esposa:

«Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.» Es propio del corazón enternecido en la pasión del amor, desear mucho; y viendo la imposibilidad ó dificultad de su deseo, desfallece con las fuerzas y desmáyase luégo. Estaba, como parece, la esposa en el campo con su esposo, y aunque gozaba de él, deseaba gozalle con más libertad y sin estar obligada á recatarse de nadie, como declaró en las palabras ya dichas. Mas viendo que le faltaba aquella facilidad para gozar totalmente de su amado, desmáyase con una amorosa congoja, como en semejantes afectos otras veces lo ha hecho; y porque para todas sus pasiones tiene por único remedio á su esposo, á tiempo de su desfallecimiento demanda el regalado socorro del abrazo suyo, conforme á la demanda de otro desmayo que ya dijimos, donde declaramos esta letra y parte de la que se sigue; sólo es de advertir un punto en lo que dice:

«Conjúroos, hijas de Jerusalén, ¿y por qué despertaréis y alborotaréis á la amada hasta que quiera?» La pregunta por qué, vale tanto como rogar vedado, lo mismo quiere decir por qué despertaréis que no despertéis, y tal como es lo del salmo: «¿Por qué te apartastes, Señor, tan lejos? Por qué abscondes tus faces?» Que es decir: Señor, no te alejes, no te ausentes; salvo que diciéndolo por pregunta, pone más comparación; como si dijera: ¿No habéis lástima de despertarla? Dejadla dormir y pasar su desmayo hasta que torne de suyo á volver en sí.

«¿Quién es ésta que sube del desierto, sustentada en su amado? Debajo del manzano te desperté, allí te parió tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.» El primer verso es paréntesis, ó sentencia entretrejida entre las hablas de los dos, esposo y esposa, y son palabras de las personas que van, como los dos amantes se iban, desde el campo á la ciudad, y la esposa venía muy pegada y abra-

zada de su esposo, porque después que ella tornó en sí del desmayo sobredicho, se finge subir á la ciudad, y ella con más atrevimiento que antes se iba muy junta y abrazada á su esposo, sin tener el respeto del temor que primero tenía, y como señora ya que era de aquella libertad que poco antes deseaba y pedía, como habemos dicho, porque el amor suyo había ya llegado á lo sumo, y le daba aliento para vencer todo esto, y parte fué aquel desmayo que tuvo, y esta es cosa muy aguda. En este caso de amor y punto es de notar mucho que cada vez que sobre algún negocio que le da pasión de escándalo, ó de otra manera, se desmaya uno y pierde el juicio, cuando torna en sí tiene nuevo ánimo y nuevo atrevimiento en aquel negocio, y esto es muy probado en los que han estado sin seso, que después tornan otros hombres diferentes de lo de antes. Y vemos que al que enloqueció por algún caso de honra, después que torna en su libre poder no estima aquello; y de esto hay cada día muchas experiencias, y la causa de ello es lo que acaece por ley de naturaleza en todos los demás sentidos, pues eso mismo que sienten y que apetecen naturalmente, cuando viene á ser excesivo los corrompe y destruye, como vemos que una claridad muy clara ciega á las veces, y un sonido desmedido ensordece, el sentido de tocar se torna insensible con el frío ó calor que es extremado, y por la misma razón un afecto de pena ó pasión que llegó á este extremo de torcer el juicio ó desmayar el corazón, deja como amortiguados los sentidos para sentir jamás cosa semejante.

Así la esposa, que poco antes se acongojaba por no osar públicamente gozar de sus amores con su esposo, de sentir mucho esta vergüenza, viene agora á no sentilla, y viene delante de todos tan asida y tan afirmada en él, que todas las otras con admiración preguntan: ¿Quién es esta que sube del desierto tan asida y junto á su esposo, que viene como sustentada toda sobre él? *Desierto* en este lugar, á la letra significa tanto como campo, porque así se

ve que ellos no tornan del desierto á la ciudad, sino del campo, donde había huerto, viñas y árboles y granjas, y también porque este vocablo *desierto* no siempre significa entre los hebreos lugares yermos y que carecen de habitación y de pastos y de verduras, antes muchas veces significa lugares anchos y llanos en el campo, adonde, aunque no hay tan espesas moradas de gentes, no faltan á lo menos algunas, y juntamente hay pastos y bebederos. Porque en la Escritura muchos pueblos y ciudades se cuentan estar asentadas en el desierto, que quiere decir en el campo llano; y así, leemos en Josué que á los del tribu de Judá les cupieron seis ciudades del desierto, y de Moisés se dice en el *Exodo* que llevó el ganado de su suegro, que apacentaba, al desierto más adentro de lo que antes estaba.

«Debajo del manzano te desperté, allí te parió, etc.» Esto es trasladado á la letra del original hebreo; que el trasunto latino dice de otra manera; así: «Allí fué corrompida tu madre, allí fué violada la que te parió.» El sentido á la letra de estas palabras parece ser que la esposa, viéndose tornada en sí del desmayo pasado, y con mayor atrevimiento comenzando á gozar de su esposo, al cual en la mayor parte de esta canción se pinta rústico pastor, conforme á la imaginación que el autor de ella tomó, viniendo agora con él muy junta y abrazada, acuérdase del principio de sus amores, de los cuales ella agora tan dulcemente goza; y acordándose, cuéntalo con grande alegría; porque una de las condiciones del amor es que á los enamorados hace de gran memoria, que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña y liviana que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, del lugar y del punto de cada cosa; y así, en sus dichos y secretos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito; unas veces cantándolas sin parecer que hay para qué, y otras que se ve claro el fin de su invención; y como la retórica de los enamorados con-

siste más en lo que hablan dentro de sí que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero á la postre y lo último al principio, como vemos en este lugar, que la esposa dice el principio de sus amores tan al fin de su canción, que parece que lo debía de haber contado antes, si de ello quería hacer mención; mas, como habemos dicho, en ellos no hay antes ni después en estas cosas, que todo lo tienen presente en su fantasía, y agora embebecida en el amor que delante tenía, pensando unas cosas y callando otras, lo que dice es esto: Esposo mío, que me parece que agora te desposaron conmigo, y esto era estando yo y tú debajo de un árbol en las huertas, debajo de aquel árbol que te parió tu madre. «Y allí estuvo de parto la que te parió.» Repite la sentencia como suele; quiere decir: No eres extranjero, porque de allí eres natural y allí te parió la tu madre, y allí te desperté y encendí en mis amores; y porque este amor me ha hecho tan dichosa gozando del bien, por el gozo bendigo aquel día y aquella hora y el lugar donde tú me amaste; lo cual es dicho como otras cosas que arriba hemos dicho, conforme á lo que mejor dice y asienta y suele acontecer más comunmente á los pastores y labradores que viven en el campo, cuyas personas y propiedades imita Salomón en este canto, á los cuales, así como andan lo más tiempo en el campo, así les es muy natural en el campo el concertar sus amores los zagales con las zagalas por las florestas y arboledas donde se topan. Esta es la sentencia de esta letra en cuanto podemos alcanzar, y vamos conforme á las otras razones que en este caso suelen decir los enamorados.

«Ponme como sello en tu corazón y como sello en tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, dura como el infierno la emulación; los sus carbones (son) como carbones de llamas de Dios, las muchas aguas no pueden apagar el amor, y los ríos no lo pueden anegar, y si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, los despreciaría.» El gran misterio de este lugar es muy digno

de consideración; hasta aquí mostrado ha el esposo á la esposa el amor que le tiene, mas no del todo abiertamente; que unas veces la regalaba antes de agora, y otras la loaba, y algunas se mostraba esquivo y airado, porque ella fuese conociendo poco á poco la falta que sin él tenía. Agora después que ella ha venido á amalle perfectamente del todo, y que él siente ser así, muéstrale y dale á entender por claras palabras, sin fingimientos ni rodeos, lo mucho que le ama, como si dijera: Agora es tiempo de avisar á esta mi esposa de mi amor, para que no pierda ni disminuya el amor que me tiene; y dile estas palabras, las cuales pronuncia con grande y vehemente afecto en esta sentencia: Ten cuenta, esposa carísima, cuánto te amo y cuánto he penado por tus amores, te encargo que nunca me dejes de tu corazón ni de amarme; de manera que tu corazón tenga esculpida en sí mi imagen, y no la de otro ninguno; haz que yo esté en él tan firme como está la figura en el sello, que está siempre en él, sin mudarse, y todo cuanto se imprime en él sale de una misma imagen; así quiero yo que en tu corazón no haya otra imagen más de la mía, ni que tus pensamientos impriman en él más que á mí, y primero le hagan pedazos que le puedan hacer mudar el retrato que en sí tiene mío. Y no sólo deseo que me traigas en tu corazón y pensamiento, mas también de fuera quiero que no mires otra cosa ni oigas otra cosa sino á tu esposo, y que todo te parezca que soy yo, y que allí estoy yo; y esto hacerlo has trayéndome siempre delante de tus ojos, como los que usan sellar sus secretos y sus escrituras, que porque nadie les hurte y falsee el sello lo traen siempre consigo en alguna sortija en la mano; de manera que siempre ven su sello, porque la parte que más presto se muestra y más á menudo vemos son las manos. Y sabe, esposa, tengo razón de pedirte esto por lo que he hecho por ti, por causa del amor tuyo que está en mi pecho, el cual es tan fuerte y me ha forzado tanto, sin poderlo resistir, que la muerte, contra quien no se ve defensa

humana, no es más fuerte que el amor que yo te tengo, y hecho esto mismo de mí y y lo que ha querido este mi amor, como la muerte hace su voluntad con los hombres, sin ser ellos parte para defenderse de ella. Deseo también, esposa, que me ames solo, sin amar á otro, así porque mi amor lo merece, como por el tormento que reciben con los celos los que aman como yo, que te certifico que no les es menos dura y grave la imaginación celosa que la vista de la sepultura, y más fácilmente sufren que les digan: En este sepulcro que está abierto te han de echar agora, que si les dijesen: La que tú amas tiene otro amado. Por eso ten cuenta de amarme solo, así como solo lo merezco por el encendido amor que te tengo. Y tornando el esposo á hablar y recordar su amor debajo de esta figura de fuego amoroso que arde en el corazón, dice que son brasas de llamas de Dios; quiere decir: Son brasas vivas y de fuerte llama. Mayor y más ardiente fuego es este que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se apaga; mas el fuego del amor vence á todas aguas; echándole agua, arde más y se embravece más, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros; así que, tan fuerte es el amor, que no basta todo el poder de la tierra para lo vencer, ni tampoco se quiere dejar vencer por dádivas ni sobornos, porque no se abate á nada de esto el amor, por su gran majestad.

Así dice: Afirmo que si el hombre quiere rescatar del amor, cuando él cautiva á alguno, y le diese cuántas riquezas y haberes que en su casa tiene, aunque fuese el más rico, no curaría el amor de ellas, y despreciaría al que se las ofreciese con gran desprecio, y le haría servir por fuerza; de manera que el amor es señor muy fuerte é inexpugnable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno. Pues siendo tal mi amor contigo, justo es que tú me respondas, amándome en igual fuerza y grado. Este es el sentido; declaremos agora algunas particularidades de la letra.

«Como sello en tu brazo;» quiere decir, en tu mano y dedo, donde está el anillo, y significa por el todo la parte. Por el vocablo *infierno* entendemos sepulcro, porque así lo significa aquí y en otros lugares de la Escritura, como en aquello de Jacob, *Génesis*, 37, que dice: «Descenderé al infierno;» que quiere decir: Esta desgracia de mi hijo Josef me ha de acabar y llevar á la sepultura. Donde dice «llamas de Dios», quiere decir *vehementísimas*. «Como montes de Dios» quiere decir altísimos, cedros de Dios crecidísimos; como aquello de David, salmo 35: «Es, Señor, tu justicia como montes de Dios.» Y de semejante manera de decir usamos los españoles y otras naciones para sublimar y engrandecer una cosa, que usamos de este nombre *divino*, diciendo: Es un hombre divino; tiene una divina elocuencia.

«Hermana en años pequeña, y tetas no tiene, ¿qué la haremos á nuestra hermana el día que de ella se hablare?» Después que las mujeres están casadas, y por su parte contentas con su nuevo esposo, suelen acudir nuevos cuidados de remediar y poner en cobro las hermanas menores que en casa de sus padres quedan, y comienzan desde entonces á mirar por ellas y por su honra, y sus esposos las ayudan tomando por suyo el negocio de las amadas cuñadas. Este mismo cuidado le mueve agora á esta contentísima esposa, y cuenta á su esposo cómo ellos tienen una hermana tan pequeña, que aún no le han nacido los pechos, y que es hermosa, y que por ser así no le faltarán nuevos enamorados; y siendo, como es, niña y simple y sencilla, no tendrá valor para recatarse y mirar por sí; por tanto, que es menester mirar cómo la guardarán y qué harán de ella hasta que venga el tiempo de casalla; que esto quiere decir «el día que se hablará de ella». Á esto responden ellos mismos que será bien tenella encerrada en un lugar que esté muy fuerte, y que así, se ha de hacer algún edificio de paredes para ello, que sea tan fuerte, tan macizo, tan liso por defuera, como si fuera de plata, que